

SEAN MISERICORDIOSOS

Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.» Jesús le respondió: «Simón, tengo algo que decirte.» Él dijo: «Di, maestro.» Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?» Respondió Simón: «Supongo que aquel a quien perdonó más.» Él le dijo: «Has juzgado bien», y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso de bienvenida. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. **Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra.» Y le dijo a ella: «Tus pecados quedan perdonados.»** Los comensales empezaron a decirse para sí: «¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?» **Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz.»** (Lc 7, 36-50)

1. En esta hermosa página que Lucas nos presenta en su Evangelio, **podemos ver muy claramente el rostro misericordioso de Dios que Jesucristo encarna y revela en su ministerio salvífico.** Nuestro Dios es un Padre lleno de misericordia, ternura y amor, y quiere ser conocido como Él mismo es, y no como lo imaginamos o proyectamos en nuestra vida, a nuestra imagen, para resolver nuestras propias carencias.

Quien ha experimentado la misericordia divina en su vida puede hablar con toda convicción que conoció a Dios, que tuvo un encuentro personal con Cristo. Él es quien toma la iniciativa, sí, pero espera nuestra invitación, nuestra súplica, a partir de nuestra propia condición de pecador, con todas nuestras miserias expuestas.

2. El idioma de Dios es el Amor, no tiene otra forma de comunicarse, de darse a conocer, y cada vez que toca nuestro corazón, genera un profundo sentimiento de paz, de gozo y de alegría que nada de lo que existe, de todo lo creado puede igualar. Su presencia nos comunica calma, nos ilumina y nos muestra la belleza que existe en nuestros corazones, en nuestro ser interior. Cuando esto sucede, un profundo deseo de agradecimiento surge naturalmente: *"Mi alma glorifica al Señor..."* proclama María en el Magnificat.

Todos somos esta mujer pecadora, y todos necesitamos de la misericordia divina para recuperar nuestra dignidad, nuestra libertad, nuestra plena conciencia de quiénes somos realmente, para reconocer en nosotros la verdadera condición de imagen de Dios con la que fuimos creados, irradiando el rostro divino con nuestro mirar, con nuestra manera de acoger y amar a nuestros hermanos y hermanas.

3. En el palco de nuestra existencia somos llamados, por vocación, a transformar nuestro "Ser Humano" (divinizándolo, transfigurándolo) en el "Ser Imagen de Dios" con el que llegamos a la vida; **nuestro mayor pecado es ignorar este llamado, no escuchar ni vivir su Palabra,** generando una imagen fallida, porque no tiene las condiciones esenciales para salir de sí mismo, ni participar en la trascendencia propia de nuestro ser espiritual/divino.

Ontológicamente somos eternos, humanamente somos mortales, limitados, sin las mínimas condiciones para alcanzar la plena felicidad que tratamos de conquistar a lo largo de toda nuestra vida.

En medio a tanto ruido que este mundo grita, que nos asfixia y golpea con sus invenciones, con sus fantasías, con verdaderos ídolos que nos ciegan y fascinan, nos seducen y engañan, **la voz de Dios con su Espíritu que habita en nosotros (recordando que somos su templo) no deja de llamarnos**, inquietando nuestro corazón para cambiar el rumbo a nuestra vida **(conversión)** y poderlo ver justo en frente de nosotros, dentro de nosotros, para tomar el camino correcto hacia la Vida Eterna. Tenemos toda nuestra vida para descubrir este maravilloso tesoro que está en nuestros corazones, en nuestro Ser profundo. Vallamos a su encuentro, no se arrepentirán.

Dios los bendiga.

Fernando